

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR  
FUE

Ser solo tu  
mejor amiga

SERIE MI ERROR 9

booket

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Petrenko Andriy / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2019

Depósito legal: B. 11.695-2019

ISBN: 978-84-08-21369-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Biografía

Moruená Estríngana nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación pero, debido a su problema de dislexia, solo escribía en sus libretas pequeñas poesías o frases mientras su mente no dejaba de viajar a otros mundos. Con 18 años, cuando su padre le dejó usar un ordenador por primera vez, encontró un aliado para dar vida a todas esas novelas que estaban deseando ser tecleadas. Empezó a escribir su primera novela antes de haber terminado de leer un solo libro, ya que escribir le permitía leer sin sentir esa ansiedad de no comprender lo que leía. Sus libros eran su refugio en más de un sentido. El 3 de abril de 2019 se cumplieron diez años de la publicación de su primer libro en papel, *El círculo perfecto*, momento desde el cual comenzó a luchar por sus sueños sin que sus inseguridades la detuvieran, demostrando que las personas imperfectas pueden llegar tan lejos como desean. Actualmente tiene más de 73 publicaciones, ha sido número uno en iTunes, Amazon y Play Store en más de una ocasión y no deja de escribir libros que poco a poco verán la luz. Su web personal, [moruenaestringana.com](http://moruenaestringana.com), donde cuenta sus novedades y curiosidades, ya tiene más de un millón de visitas.

Facebook: **MoruenáEstringana-Escritora**

Twitter: **@MoruenáE**

Instagram: **@moruenae**

## Capítulo 1

EIMY

Observo la nueva casa de Jack y Aiden.

Acabo de aparcar delante de ella. Mi coche de segunda mano se ve raro entre tantos otros de alta gama, pero cuando mis padres me dieron dinero para que me lo comprara, no quise gastarme mucho. Lo malo es que no es tan seguro ni está tan bien equipado como ellos creen y tampoco les dije que el dinero que me sobró se lo di a mis tíos por todas las atenciones que habían tenido conmigo.

Cierro el coche y camino hacia la verja, pero, al alzar la mano para tocar el timbre, dudo. Hace cuatro años que me fui, que hui de lo que sentía por Jack, incapaz de hacer frente a ese sentimiento. Incapaz de tenerlo cerca y considerarlo solo como un amigo. Creí que la distancia y el no tener noticias de él me harían olvidarlo y que un día podría volver y no ser más que su amiga; la amiga que solo lo quería, que sentía amor platónico por él. Pero cuando se hizo famoso, supe que

olvidarlo sería imposible. Su música me persigue allá donde vaya, sus canciones me recuerdan las que componíamos juntos, y su voz, las veces que cantábamos uniendo nuestras voces.

No, no lo he olvidado y una parte de mí sabe que nunca lo haré.

Me tocaba aceptar esto y regresar, sabiendo que su vida y la mía solo están unidas por la amistad.

Prometí a mis padres que volvería a estudiar en la universidad del pueblo. Sin embargo, esa promesa no es lo que me ha traído aquí, pues mis padres me liberaron de ella hace meses. No, lo que me ha hecho regresar ha sido el darme cuenta de que, por mucho que huyamos de algo, la realidad no va a cambiar.

Debía regresar y afrontar el problema cara a cara.

Dejar de ser una cobarde.

Echo de menos a Jack. Ha sido una parte muy importante de mi vida desde que nací y estos cuatro años lejos de él han sido un infierno. Lo necesitaba. Lo necesitaba como amigo. Tal vez no sea tarde para recuperar nuestra amistad, aunque sé que para que entienda mi distanciamiento debo decirle la verdad y confesarle lo que siento por él. Al fin y al cabo, Jack puede leer con facilidad la verdad en mis ojos, o al menos antes podía. Si no supo ver que lo amaba, fue únicamente porque para él el amor no es un sentimiento que tener en cuenta. Desde niño ha odiado esa palabra. Le recordaba a su madre y todas las veces que los llamaba para decirles que estaba enamorada de nuevo y que esta vez saldría bien, que era el hombre de su vida.

Cuando me fui creía que el día que regresara sería una persona diferente, más segura de mí misma, sin esta timidez que me asfixia y me hace recluirme del

mundo. Creía que los años y la distancia me harían cambiar..., pero me equivoqué. Sigo siendo la misma de siempre. Así que, ¿de qué ha servido retrasar este momento?

Toco al timbre. No tardo en reconocer la voz de mi padre a través del intercomunicador.

—Soy yo, Eimy.

La puerta se abre y me adentro en esta finca desconocida para mí. El jardín está muy bien cuidado, al igual que los de las residencias de alrededor. Aunque en este barrio las mansiones antiguas se mezclan con las modernas, lo hacen sin romper la armonía: todas muestran un aspecto similar. Camino por el sendero sin querer mirar el castillo del rey que se eleva a mi izquierda y se puede ver porque está más alto que las demás edificaciones. La opresión en el pecho que provocó la confesión de mi padre sobre su verdadera identidad sigue estando ahí y prefiero afrontar los problemas de uno en uno.

Antes de que llegue a las escaleras de la entrada, mis padres salen de la casa y me abrazan a medio camino.

—¡¿Qué haces aquí?! —me pregunta mi madre tras besarme sin salir de su asombro, pues no esperaban que viniera hoy.

Mi padre tira de mí hacia la casa sin dejarme responder y me lleva al interior. El corazón me martillea con fuerza ante la perspectiva de ver a Jack.

—Lo he adelantado... Quería daros una sorpresa.

Mi madre me abraza de nuevo emocionada.

—Qué alegría tenerte aquí —exclama mi padre—. Dame las llaves del coche para que saque el equipaje. Estoy deseando ver qué modelo te has comprado.

Pongo mala cara y mis padres fruncen el ceño de inmediato; me conocen, saben que algo no va bien.

—¿Qué pasa? ¿No has venido en tu coche nuevo?

—Sí, bueno..., no es como esperáis, pero para mí es suficiente.

Me acompañan fuera y cruzamos juntos el jardín. A través de la verja observan desde lejos los vehículos aparcados y sé el momento exacto en que sus ojos se posan en el mío, porque los dos frenan en seco.

—Dime que no es tuyo ese cacharro —dice mi padre.

Me muerdo el labio.

—¿Cómo has podido comprarte un coche así? —me pregunta mi madre adivinando por mis gestos que es ese—. ¿Acaso no te dimos dinero suficiente?

—Mamá...

Mi padre y mi madre van hacia el coche y yo los sigo. Cuando lo tienen cerca, ponen peor cara.

—No me gusta...

—¿Qué has hecho con el resto del dinero? —quiere saber mi madre. Me muerdo el labio—. Eimy...

—Les compré a los tíos algunas cosas, quería tener un detalle con ellos por haberme cuidado tan bien estos años.

—Mi hermana no hubiera aceptado el dinero...

—Ya, por eso se lo compré por mi cuenta y me quedé con los tiques para que no pudieran devolverlos. Necesitaban cambiar algunos muebles y varias cosas que se les habían roto, y no lo hacían porque siempre van agobiados; se lo debía.

—¿Y qué pasa con lo que has ganado gracias a las ventas de tus canciones? —me suelta mi padre. Aparto la mirada; no me gusta hablar de ese tema—. Aunque no quieras hacerte cargo de ese dinero, es tuyo. Son derechos de autor. Si querías hacer eso por tus tíos, me

parece perfecto, pero no con el dinero que te dimos para el coche. Me parece una irresponsabilidad habértelo gastado en este... este trasto y haber venido en él.

—Papá...

Él me tiende la mano enfadado.

—Las llaves. —Se las doy—. Solo espero que no le hayas cogido cariño, porque pienso deshacerme de esta chatarra y comprarte un modelo decente. No se puede confiar en tu criterio.

—Quiero valerme por mí misma...

—Mira, Eimy —me conmina mi madre—, hemos pasado que no quieras estudiar en la universidad que dispuso el abuelo para ti, pero no dejaremos que corras peligro conduciendo esa cosa.

Agacho la cabeza. Mi retorno no ha sido como esperaba... O tal vez sí, pues sabía que el coche no les gustaría y creo que en el fondo lo compré para demostrarles —y demostrarme— que seguía siendo yo, por mucho que acabara de descubrir que mi padre debía haber sido rey, y no su hermano.

Tomo aire y me recuerdo: «Los problemas, de uno en uno».

Mi madre me acompaña a la casa. Nada más entrar me fijo, esta vez sí, en lo preciosa que es. Muchos muebles son los mismos que había en la otra vivienda. Cuando las cosas fueron mal el abuelo tuvo que vender algunos, pero entre todos conseguimos salir adelante. Mis padres trabajaron lejos de la casa para poder ayudar, cosa que yo no sabía; me lo contó mi padre cuando me confesó que era de la familia real y que el abuelo era uno de sus mejores amigos. Eso me hizo entender muchas cosas; sobre todo, por qué mi padre, si era un simple jardinero, tenía esa familiaridad con el abuelo.



Siempre noté que entre los dos existía una amistad más profunda, más de lo que correspondía simplemente por tener un estatus similar.

Mi madre me enseña las habitaciones de la planta baja, entre ellas el despacho de Aiden, donde hay una preciosa foto de él con su novia, Katt. Mis padres me han contado su historia y me alegro mucho por Aiden. Siempre hizo lo que creía que el abuelo esperaba de él y ya era hora de que empezara a vivir por sí mismo. Lo he echado mucho de menos y sé por mis padres que él también tenía ganas de que volviera. Es normal, nos hemos criado juntos los tres.

Mi padre se une a nosotras tras traer mi equipaje y continuamos con la visita. Me dicen que arriba están los cuartos de invitados, otro salón y las habitaciones de Aiden, Jack y Katt.

—Aunque Katt duerme siempre en la de Aiden, y más desde que la decoraron a gusto de los dos —me aclara mi madre sonriendo.

Me llevan hacia la cocina y, de camino, me señalan una puerta cerrada.

—En la planta baja está el estudio de Jack, donde compone y toca. Por suerte, lo ha insonorizado —bromea mi padre.

—¿Y dónde está? —pregunto al fin.

—Había quedado; vendrá por la tarde.

Asiento y trato de respirar, pues preguntar por él me ha alterado. Ahora, estando por fin de vuelta, no encuentro una razón de peso para haber permanecido fuera tanto tiempo y me siento muy tonta por haberme ido de esa forma solo por quererlo, pero no podía más. Estar a su lado y verlo con Natalia, su novia por aquel entonces, me dolía mucho, y más cuando la creyó a ella

en vez de a mí. Hace años que lo perdoné, pero no encontraba el valor para regresar. Me daba miedo hacerlo y comprobar que mi amistad con Jack se había estropeado.

Sé que él pregunta mucho por mí y que ha querido saber dónde estaba para verme. Pero hasta que no lo vea no sabré dónde quedó nuestra amistad y si tendré que asumir que al irme así perdí a mi mejor amigo. Me da miedo que así sea, pues una vez lo descubra, la realidad empañará el bello recuerdo de nuestra infancia, cuando éramos inseparables... O, bueno, lo éramos hasta que Jack llegó al instituto y este lo cambió. Tal vez, de haberme quedado, la vida nos habría separado de igual forma. Tal vez nuestra amistad estaba destinada a romperse al llegar a la edad adulta.

Mis padres me sirven algo para picar y, mientras lo hago, me preguntan por mis tíos. Luego vamos hacia nuestra casa. El abuelo habilitó parte de la finca para que mis padres tuvieran su espacio independiente, aunque siempre hacen vida en la casa principal. Al pensar en el abuelo me entristezco. No supe de su muerte hasta tiempo después, pues le hizo prometer a mi padre que no me lo diría: no quería que viniera por él y no porque era mi deseo. Me hubiera gustado estar con él cuando enfermó. Era muy cabezón, pero muy bueno.

La casa de mis padres es bastante más pequeña que la mansión, pero muy acogedora. Lo primero que hacen es enseñarme mi cuarto.

Los muebles son diferentes. La cama es mucho más grande, y tiene un tocador a un lado y una tele de plasma en la pared. Me fijo enseguida en el vestidor y en el baño que hay dentro del cuarto. Es mucho más espaciosa que mi antigua habitación, pero carente de la vida

que tenía aquella. No tardo en fijarme en varias cajas marcadas.

—No sabíamos cómo ordenar tus cosas y si querrías seguir teniendo puestos los mismos adornos que cuando te fuiste —me explica mi madre—. Todo está en las cajas, tú decides qué toque darle a tu nuevo dormitorio. Espero que te guste.

—Me gusta mucho. Es muy bonito.

Mi madre asiente. Se despiden de mí y me dicen a qué hora será la comida. Miro las maletas que he traído con mi ropa de estos años y las cajas donde están guardados tantos recuerdos. Me siento incapaz de abrirlas y enfrentarme a todo lo que dejé atrás cuando me fui, así que me tiro en la cama dejando que los cojines me abracen y me quedo absorta contemplando el techo.

No sé qué hora es cuando alguien toca a la puerta. Me pongo alerta y me siento en la cama con el corazón a punto de estallarme ante la posibilidad de que sea Jack. Sé que mis padres dijeron que no vendría a comer, pero bien puede haber cambiado de idea.

—Adelante.

Me levanto y, aunque no es Jack, sonrío a la persona que acaba de entrar y viene hacia mí: Aiden.

Me fijo en que está mucho más guapo de como lo recordaba. Su pelo rubio parece algo más claro y sus preciosos ojos marrones brillan con una felicidad que nunca había visto reflejada en ellos, y sé que es por estar con Katt.

—Bienvenida, pequeña. —Aiden me abraza. Esto me sorprende y me hace ser aún más consciente del cambio que ha experimentado. No es que antes no me

abrazara alguna vez, pero casi siempre lo hacía de forma casual, no como Jack, que nunca pedía permiso para cogerme la mano o abrazarme. Me refugio en sus brazos, aceptando su cariño. Aiden siempre ha sido como un hermano mayor para mí y he sido una tonta por haberlo alejado de mi vida.

—Me alegra estar aquí. Tenía ganas de verte.

Aiden se separa y se sienta en mi silla de escritorio, mientras yo lo hago en un sofá que hay cerca. Lleva un traje de chaqueta, así que deduzco que acaba de llegar de trabajar, pero le da un aire juvenil, un atractivo que solo Aiden puede conseguir.

—Espero que no tengas pensado salir huyendo de nuevo.

—No, ya no cometeré ese error otra vez.

—Sé por tus padres que todo te ha ido bien y también sé, o creo saber, por qué te fuiste.

Me sonrojo y aparto la vista.

—En ese momento era lo que sentía que debía hacer. Luego me di cuenta de que huir no era la solución, pero ya había pasado el tiempo y se me hacía muy difícil. No sabía qué me iba a encontrar cuando regresara.

—Tenías miedo de que todo hubiera cambiado entre vosotros.

Asiento. Aiden no es tonto, es evidente que él sabe por qué me marché.

—Todo será como antes. —Por la forma en que lo dice, siento que teme que siga enamorada de Jack y no pueda con esto.

¿Por qué el amor tiene que complicarlo todo? Yo no he pedido sentir esto por alguien con el que sé que solo puedo tener una amistad. Solo espero que al ver a

Jack descubra que ya no lo amo de la misma forma en que lo hacía cuando me fui. Todo sería más fácil.

—Tengo que presentarte a alguien. De hecho, no sé cómo no ha entrado hace rato. —Aiden mira hacia la puerta con los ojos brillantes.

Me vuelvo y veo a una joven más o menos de mi edad, de pelo castaño e intensos ojos verdes. Le saca la lengua a Aiden y trata de hacerse la ofendida por su comentario sin éxito, pues al mirarlo le devuelve la sonrisa. No tengo duda de que es Katt, la nieta del abuelo. Tiene algo que me recuerda a él.

—Katt, te presento a Eimy.

—Sé quién es y puedo presentarme solita.

Katt se vuelve hacia mí, sonriente, y me da dos besos. Yo se los devuelvo y le sonrío, pero me quedo callada, sin saber qué decir. Siempre me pasa cuando conozco a alguien: me bloqueo hasta anularme, y lo odio. Menos mal que Aiden me conoce y no tarda en ponerse a hablar.

—¿Estabas muy lejos? Todo este tiempo hemos intentado sonsacarles a tus padres dónde estabas, pero no ha habido manera.

—En casa de la hermana de mi madre, a una hora y media de aquí.

—Pero si ese fue el primer sitio en el que Jack te buscó. ¿Cómo se las apañaron tus tíos para convencerlo de que no vivías con ellos?

A los pocos días de irme a casa de mis tíos, Jack se presentó allí, convencido de que era el único sitio a donde mis padres me habrían dejado ir.

—Sí, mis tíos me lo dijeron. Yo no estaba en casa en ese momento y, como dormía en la buhardilla que antes usaban de trastero, Jack no vio nada raro en la casa que

indicara que vivía allí. Mi tía sabía que si le dejaba revisar la casa y veía que en las habitaciones de invitados no había nada mío, se iría sin más. Y así fue.

—Te siguió buscando, pero tu madre tiene poca familia y no te encontró.

—Lo sé.

—¿Y qué pasará ahora cuando os veáis? —pregunta Katt—. La verdad es que siento curiosidad. Lástima que Jack esté con la tonta de Luz hablando de su nuevo disco.

—Katt, no insultes a Luz.

—La insultaré tanto como quiera. Esa no me engaña, es una zorra con piel de cordero...

—Katt... —la recrimina Aiden, pero ella lo mira dejando claro que dirá lo que le dé la gana.

No puedo estar más de acuerdo con ella. Hace unos meses se filtró la noticia de que Jack podía tener algo con la hija de su representante. Los han pillado en más de una foto en actitud cariñosa o besándose. La primera foto que vi de ellos se me clavó como una daga en el pecho y el dolor que sentí no hacía sino confirmar que aún seguía sintiendo algo por Jack. Desde entonces evito leer lo que se dice de él y, como a Katt, a mí Luz no me cae bien: tiene algo que me recuerda a Natalia. A lo largo de los años Jack ha sido fotografiado con varias chicas; nada importante, líos de una noche... Pero con Luz parece ir en serio. Es la segunda persona por la que Jack se interesa y eso me duele, aunque sé que no debería.

—¿A ti qué te parece? —me pregunta Katt.

—Yo... —Miro a Aiden y luego a Katt—. Eh... —Cierro los ojos y reconozco con un hilo de voz—: No creo que sea lo mejor para Jack, pero no la conozco.

—Mejor que no lo hagas —me aconseja Katt acercándose a mí, como si estuviéramos hablando en confianza—. Es una imbécil.

—Y tú deberías moderar tu lenguaje, pero a estas alturas lo veo imposible.

—En el fondo le encanta mi forma de hablar —me susurra en alto, como para que él no lo oiga.

—Muy en el fondo. —Katt le tira un cojín a Aiden, que este coge al vuelo, pero con el segundo tiene más puntería, pues le da en la cabeza—. Ya vale, eres una cría.

—Habló el viejo. —Katt le lanza otro cojín, pero Aiden, más rápido, la coge de la mano y la sienta en su regazo para hacerle cosquillas—. ¡Vale, vale! Tú ganas.

Sonrío. Me gusta verlos así, ver a Aiden feliz, y Katt me cae bien. Tiene algo que hace que estar a su lado sea sencillo. Tal vez sea porque me ha tratado con naturalidad, esperando a que hablara, sin echarme en cara ni hacer mención de mi timidez.

—Chicos, a comer —anuncia mi padre entrando en mi cuarto—. ¿Aún no has colocado nada?

—No.

—¿No pensarás salir huyendo otra vez?

—No.

—Bien, luego te ayudaremos a ordenarlo todo.

Asiento y los sigo hacia la cocina. No sabía que mi padre temiera que pudiera salir huyendo. Tal vez lo que teme no es que me vaya del pueblo, sino que acepte la propuesta que me hizo mi primo Liam de saber más cosas de nuestro linaje y ser presentada en sociedad. Pienso en ella y me agobio; ahora mismo no me apetece ahondar en ese tema.

Disfruto en silencio de la comida de mi madre.

Cómo la he echado de menos, está deliciosa. Mis padres hablan con Aiden y Katt sobre el trabajo. Katt dice que tiene que leer muchos informes de casos pasados y tratar de aprender lo máximo posible de ellos. No tarda en explicarme que quiere ser abogada —«No una cualquiera, sino la mejor», afirma con vehemencia, haciéndonos sonreír a todos— para ayudar a los más necesitados. Esto hace que la simpatía que siento por ella aumente y también sus gestos al hablar; me recuerda muchísimo al abuelo.

—Yo estoy hasta arriba de trabajo, y más desde que mi padre ha decidido ampliar su empresa y quitarnos clientes —nos comenta Aiden bastante serio.

—Vaya, lo siento —me solidarizo afectada.

Mis padres me han tenido al tanto de todo. Cuando su padre volvió a encontrarse con ellos, los repudió y dejó claro delante de todo el mundo que para él no eran sus hijos, aunque teniendo en cuenta que tampoco se habla con Albert, su hijo legítimo, no me extraña. Al único que parece tener aprecio es a su hijo mayor, nacido también fuera del matrimonio. He visto fotos del padre de Jack y Aiden y no me gusta. No parece trigo limpio.

—Tranquila, lo solucionaremos —me asegura Aiden.

Asiento y espero que de verdad sea así, ya que me ha parecido ver pasar por sus ojos un halo de preocupación.

—¿Y qué has hecho en estos cuatro años? —me pregunta cambiando de tema—. Tus padres solo nos contaban que estabas bien.

Miro a Aiden, sintiéndome mal una vez más por haberlo alejado de mí todo este tiempo.



—He estado estudiando; me costó mucho sacarme el bachillerato. —Me percaté de que la timidez inicial que suelo sentir cuando conozco a alguien y que me supone un verdadero problema a la hora de hacer amigos ya ha desaparecido con Katt. Es como si fuera una vieja conocida... y no es normal que esto me suceda.

—Repitió un curso —añade mi padre—. Pero, por suerte, ha acabado con buenas notas y puede elegir la carrera que quiera.

Bajo la vista, pues aún no he tomado una decisión sobre eso.

—¿Y vas a venir a mi universidad?

—No, Eimy no quiere —interviene mi madre, sin ocultar lo molesta que está por mi decisión.

—Ya os dije que no quería gastarme un dineral en mi educación y menos cuando ni siquiera sé lo que quiero estudiar.

—Entonces ¿qué carrera has elegido? —se interesa Aiden—. Porque empiezas ahora, en unos días, ¿no?

—Sí. De momento he cogido una básica, para luego poder convalidar las asignaturas cuando me decida por una.

—Siempre pensé que te decantarías por la carrera de Jack y estudiarías solfeo y música.

—¿Y de qué serviría? —le digo a Aiden—. No puedo ser profesora de música por mi ansiedad de hablar en público, y mucho menos cantante por mi miedo escénico. Sería una pérdida de tiempo. Una gran pérdida de tiempo —reitero con más énfasis.

Aiden me observa con una ceja levantada, dejando claro que él no lo considera así.

—Mi hermana dice que no ha tocado un instru-

mento en estos cuatro años y que nunca la ha escuchado cantar.

Clavo la vista en mi plato, muerta de vergüenza. Mi madre no se corta al hablar de mis cosas con Aiden y Katt, cosa que no me extraña, pues quiere a Aiden y a Jack como si fueran sus hijos.

—A mí tampoco me gusta nada hablar en público, pero nadie sabe que lo paso tan mal porque, cuando he tenido que exponer un caso en clase, lo he hecho con la cabeza bien alta. Y si alguien se mete conmigo...

—... pobrecito de él —añade Aiden. Katt le tira una miguita de pan.

—Dejadlo ya —los exhorta mi madre sonriente.

Termino la comida como puedo, pues siento una gran desazón en el pecho. Cada minuto que paso en esta casa me siento más tonta por haber huido del pueblo. Y aunque todo esté igual con Aiden y sea como si el tiempo no hubiera pasado, con Jack no tiene por qué ser así. ¿Qué ocurrirá cuando vea que todo sigue como antes menos mi amistad con él?

Ayudo a mi madre a recoger la mesa junto con Katt, que parece hacer esto de forma habitual, pese a ser la señora de la casa y al título que ostenta.

—Ven, te enseñaré los alrededores —dice Katt, tirando de mi mano y llevándome hacia la puerta del jardín.

No puedo negarme, ya que cuando quiero darme cuenta ya estamos fuera. Katt es puro nervio.

Me muestra la fuente y los jardines cuidados por mi padre. Son realmente preciosos. Siempre le encantó la jardinería y, viendo su maravilloso trabajo con las plantas, me cuesta imaginármelo de niño, siendo educado para ser el heredero al trono, y no plantando flores.

Miro de reojo hacia donde está el castillo. Aún me cuesta asimilar esa historia.

—¿Por qué no estudias en mi universidad? Hubiéramos ido juntas.

—Quiero hacer esto por mí misma —le confieso.

—Te entiendo, pero el abuelo dejó pagada tu educación y..., bueno, sé por Aiden que Jack te abrió una cuenta donde ir ingresando el dinero de tus derechos de autor.

—No quiero hablar de ese dinero. No me pertenece...

—Sí te pertenece. Jack empezó a ser conocido mundialmente cuando cantó vuestra canción.

—Él componía más que yo. Yo solo le di algunas ideas, no soy tan buena como él.

—Eso no lo sé, porque no te he visto en acción. Un día espero escucharte cantar...

—No, eso nunca será posible —le corto tensa, y a mi mente acuden imágenes que siempre me persiguen y trato de olvidar; las risas a mi alrededor y la vergüenza que sentí. No, nunca más dejaré que nadie me escuche cantar.

—Como quieras. Pero la vida es muy larga y nunca se sabe.

Katt me sonrío con calidez. Tira de mi mano de vuelta a casa de mis padres.

—Venga, te ayudo con las maletas. Hoy no tengo nada que hacer.

La sigo. Katt irradia una fuerza y una determinación que son difíciles de ignorar y tampoco me apetece discutir con ella, así que me dejo llevar, sin más.

Abro una de las cajas que contienen mis antiguas cosas. Katt me escruta curiosa. En cuanto echo un vistazo al interior, sé que no ha sido buena idea. Mis ojos se posan en una foto mía con Jack riéndonos, felices, cómplices... Mi padre nos la hizo tras nuestra actuación, cuando cantamos para Aiden, el abuelo y mis padres. Delante de ellos nunca he sentido miedo de cantar, pero solo con ellos. Yo tenía diez años y Jack, trece; la canción la mejoramos con el tiempo, pero ese día nos quedó genial.

—Se nota que éramos muy amigos.

—Sí, lo erais.

Cierro la caja. Recordar un tiempo pasado es muy doloroso, sobre todo cuando no sabes si solo es un recuerdo de lo que tenías y has perdido.

—Lo haré luego.

—Como quieras. He quedado para ir a tomar algo con unas amigas... ¿Te apuntas?

—No, prefiero que no... No.

Me agobio. Katt pone su mano sobre mi brazo.

—Otro día entonces —me dice comprensiva, entendiendo mi desazón por estar con personas que no conozco. Asiento odiándome por ser así.

Ceno con mis padres en nuestra parte de la casa, ya que Aiden y Katt han salido y Jack aún no ha vuelto. Y esto me inquieta. Quiero terminar de una vez con la incertidumbre de qué sucederá cuando lo vea y cómo serán ahora las cosas entre los dos. Sé que no tiene sentido que me entren en este momento las prisas cuando he esperado tanto para regresar, pero ya que me he decidido, quiero pasar este trago cuanto antes.

—Me voy a revisar que todo esté bien cerrado —comenta mi padre tras recoger sus cosas, y va hacia la puerta que separa nuestra casa del resto de la mansión.

—Papá —le digo siguiéndolo. Él se detiene—. Si por casualidad ves a Jack..., dile que quiero hablar con él.

Tiemblo. Mi corazón está a punto de estallar ante la perspectiva de reencontrarnos, pero debo ser valiente, al menos por esta vez.

Mi padre asiente y se marcha. Ayudo a mi madre a recoger antes de irme a mi cuarto. Una vez en él, dudo si ponerme el pijama o esperar vestida a Jack. Al final decido quedarme con la ropa de estar por casa: un pantalón de chándal y una camiseta vieja que ya no uso para salir a la calle, pues aunque me encanta el dibujo que tiene de una niña sacando la lengua, mi tía la manchó de lejía en una manga sin querer.

Me miro en el espejo mientras espero. Dudo si soltarme las trenzas y quitarme las gafas. Se supone que ya no las necesito porque me operaron de la vista, pero me sentía desnuda sin ellas, como si me faltara algo, y además la gente me miraba y no sabía si era porque no les gustaba mi cara sin gafas o por qué —al menos cuando las llevo puestas sé que lo hacen por ser una «gafotas» y ni se fijan de verdad en mí—. Así que opté por comprarme unas sin graduación, cosa que no gustó a mis tíos ni a mis padres cuando se enteraron.

Tocan a la puerta. Me pongo recta por los nervios y miro hacia ella. ¿Será Jack? Sin embargo, es mi padre quien abre la puerta.

—Jack ha llegado —me informa—. Le he dado tu mensaje, pero no sé si vendrá esta noche a hablar contigo. Tal vez mañana.

Trato de tranquilizar mi pulso y mi respiración.

—¿Por qué crees que no vendrá esta noche?

—Porque cuando se lo dije, simplemente asintió y

se encerró en su estudio. Y cuando se mete allí, no lo hace con la idea de salir pronto. Pero quién sabe, lo mismo viene ahora.

Cabeceo en señal de asentimiento. Mi padre me desea las buenas noches y se marcha. Una parte de mí sabe que no veré a Jack esta noche y que, si yo no doy el paso, él no hará más que buscar excusas para retrasar nuestro encuentro. Y todo por mi culpa. Si me hubiera visto cuando vino a buscarme a casa de mi tía, seguramente yo habría vuelto antes, pero con cada día que he dejado pasar sin que nos veamos, la pared de ladrillos que he levantado entre nosotros se alzaba un poco más.

¿Estoy preparada para destruir esa pared?

Dudo, camino arriba y abajo por el dormitorio. Me sudan las palmas de las manos y el corazón no deja de latirme con fuerza. Al final, tras mirar las cajas de nuestro pasado en común, opto por la decisión más valiente que he tomado en mi vida y que me hace temblar de los pies a la cabeza:

Ir a hablar con Jack. Yo me alejé, yo debo acortar las distancias entre los dos.

Pongo la mano en el pomo de la puerta que da al sótano. Lo giro y, sin pensarlo mucho, abro. Bajo las escaleras, bien iluminadas, que llevan hasta una puerta que evita que salga el sonido del estudio. La abro y me asomo. No veo a Jack, pero sí puedo escuchar ahora los suaves acordes de un piano. Esto me transporta a mi infancia. Me pasaba horas a su lado viéndolo tocar; muchas veces me quedaba dormida en el sofá que tenía en el estudio. Su música me ha acompañado toda la vida, pues Jack dejó claro desde bien pequeño que

había nacido para esto. Que la música formaba parte de él.

Veo un estudio de grabación a mi derecha y otra sala, cuya puerta acristalada permite ver lo que hay al otro lado. Me acerco a ella y ahí está Jack, tocando el piano. El corazón me da un brinco en el pecho. He ido a sus conciertos, pero siempre lo he visto de lejos, o por la tele. No es lo mismo que tenerlo tan cerca de nuevo.

Los años solo han conseguido realzar su belleza. Sus rasgos se han perfilado y son más varoniles. Su espalda es más ancha de lo que recordaba debido a la musculatura que luce; no es muy marcada, pero sí tiene un cuerpo de escándalo que hace que más de una pierda la cabeza por él. Y, sí, yo entre ellas. Nunca he deseado a nadie como a él..., aunque lo mío va más allá del deseo físico.

El pelo negro le cae sobre la frente y no puedo verle bien la cara, pero no importa: sus ojos azules los tengo grabados a fuego en mi memoria. Está concentrado. Seguramente esté tocando para evadirse de algo; tal vez para no lidiar con el tema de mi retorno. ¿Y si no quiere saber nada de mí? Dudo si entrar o no, pero necesito saber qué queda de lo que fuimos. No puedo echarme atrás ahora. Con Jack nunca fui cobarde, salvo aquella vez que me vino a buscar a donde sospechaba que estaba y me escondí; con él nunca me ha podido la vergüenza ni he tenido necesidad de esconderme. Y él tampoco. Ambos conocíamos cosas del otro que los demás ignoraban... O así era hasta que Jack empezó el instituto y comenzó a salir con Natalia. Nuestra separación no se debe solo a mi marcha. Empezamos a distanciarnos mucho antes, al crecer, casi sin darnos cuenta, y no me gustaba saber que cada día que pasaba lo perdía

un poco más. Puede que esa fuera también una de las razones por las que me fui: para no ver cómo se destruía lo nuestro y que no podía hacer nada por evitarlo.

¿Y qué hago aquí entonces? ¿Y si nuestra amistad estaba abocada al fracaso desde hace tiempo? Las mismas dudas que me han atormentado estos años me vuelven a asaltar ahora y me hacen vacilar, pero finalmente decido armarme de valor y dar el último paso.

Cuanto Jack oye la puerta, deja de tocar. No levanta la vista del piano, como si supiera que soy yo la que he entrado. Esto me hace sentir estúpida. Por suerte, no tarda mucho en darse la vuelta y por fin, tras cuatro años, sus ojos azules vuelven a entrelazarse con los míos.

El corazón está a punto de salirse del pecho.

Ya no hay marcha atrás.

—Hola, Jack... He vuelto.